



PREGÓN DE GLORIA 2010

D. Jesús Cabrera Jiménez

Pregón de Gloria de 2010, pronunciado el 10 de abril de dicho año, en la Iglesia Basílica del Juramento de San Rafael, por D. Jesús Cabrera Jiménez (hermano de la cofradías de Nuestra Señora de Los Dolores)

Presentación

Hace ahora precisamente cuatrocientos años, arrancaba en este mismo suelo que pisamos una de las historias de fidelidad más apasionantes de la ciudad. En este lugar de la vieja collación de San Lorenzo, barrio de artesanos y labradores, presidido por esa armoniosa mole de piedra que ahora luce como en su mejor época, comenzaba a tomar forma un templo que con el paso del tiempo se convertiría en algo más que en una referencia devocional de las muchas que nacen, florecen y se marchitan hasta desaparecer sin dejar apenas rastro.

Hace ahora cuatro siglos que se inició el culto público a San Rafael en el mismo lugar donde se había aparecido a Andrés de las Roelas unos años antes, el glorioso solar que arrancó en forma de modesta ermita y que pasarían aún muchas décadas –dentro de esa lentitud que contagia a todas las grandes obras en esta ciudad– hasta tomar la forma neoclásica de esta iglesia del Juramento donde nos encontramos. La vemos amplia en sus dimensiones y solemne en sus formas pero en el fondo no es más que el arca que guarda el corazón de la ciudad, el rincón que esconde uno de sus mayores secretos.

Esta majestuosidad que hoy nos acoge contrasta con lo que debió ser la casa del padre Roelas, con esa modesta habitación donde en la primavera de 1578 recibió en la media noche, tras el rezo de maitines, la visita del mancebo vestido de blanco que con la mano sobre el pecho remató el juramento que los cordobeses sabemos de memoria. De aquella humilde vivienda no queda nada, sólo el lugar, que es parte de donde ahora estamos congregados.

Con el paso del tiempo, la figura de San Rafael se ha convertido en uno de los valores más pujantes de la ciudad. La sociedad actual no ha conseguido aminorar su potencia hasta el punto de ser la festividad local en la que instancias y colectivos de todo tipo se vuelcan en su celebración, que abarca tanto la faceta pública como la privada. Más allá del 24 de octubre, el arcángel es la materialización del espíritu de la ciudad con su

presencia urbana en los singulares triunfos, en azulejos que decoran patios y zaguanes, en el nombre de miles de cordobeses y de numerosas empresas que lo eligen como el mejor de los reclamos.

Esa historia de fidelidad se plasma actualmente en quienes lo invocan, quienes acuden aquí a diario, quienes llenan el templo cada 24 de octubre y quienes lo celebran en el campo festejando el fin de los calores. Qué mejor lugar que éste para la exaltación de las glorias de la ciudad, para apelar al que nos preside con esa oración antigua que dice:

Glorioso San Rafael,
ángel custodio de Córdoba:
dirigid mis pensamientos,
mis palabras y mis obras,
guiadme por buen camino
y conducidme a la gloria.

Pregón

Excelentísimo y Reverendísimo Sr. Obispo,
Representantes del Ayuntamiento de la ciudad que es protagonista de este pregón, Autoridades de todo tipo que tenéis en las manos la responsabilidad de hacer una ciudad mejor, Junta de Gobierno de la Agrupación de Hermandades y representantes de todas aquéllas que mantenéis viva esta llama que nos abraza de pasión, Cofrades de Córdoba, artífices silenciosos del prodigio de la religiosidad popular,

Amigos todos:

Pisar este presbiterio de la iglesia del Juramento para hablar de las devociones de gloria en Córdoba es un honor inmerecido y no lo digo como el alago tópico con que se suelen iniciar las intervenciones de este tipo. Un templo consagrado, como es éste, es algo muy serio para todo aquello que no sean las celebraciones litúrgicas; por eso, mi palabra tiembla de emoción ante el reto de saber si estará a la altura de la sacralidad de este espacio que tanto significa para todos nosotros.

Antes de arrancar mi caminata –como la de San Nicolás o la de los Santos Varones de la Magdalena, que también son advocaciones de gloria– quiero agradecer a la Junta de Gobierno de la Agrupación de Hermandades y Cofradías que se haya acordado de mí para sugerir a la ciudad que la religiosidad popular tiene vida más allá de la Semana Santa que tan intensamente hemos vivido hace unos días como pórtico del gozo verdadero de la Pascua de Resurrección. En estas palabras preliminares quiero también corresponder al afecto que he recibido en estos últimos meses por parte de las corporaciones gloriosas, algunas de las cuales me consta que han encomendado a sus titulares el mejor éxito de esta empresa.

También quiero que mi gratitud llegue al presentador por poner en suerte una faena que, si bien no pude resistirme cuando se me encomendó, sí me llenó de temores al dudar del alcance de mis fuerzas. Han sido

precisamente las advocaciones gloriosas las que me han empujado a este lugar, a este momento, enarbolando la bandera de su reivindicación.

Como premisa de partida, quiero contaros que soy miembro de varias hermandades de gloria a las que no llegué en la infancia, como pasó con las de penitencia, pero sí en un momento en que la madurez y la reflexión me hicieron asumir la responsabilidad de pertenecer a corporaciones cuajadas de historia, de milagros, de devotos anónimos que con el paso de los siglos han forjado el horizonte que ahora conocemos.

Esta realidad es algo más, mucho más, de lo que genéricamente conocemos como hermandades de Gloria. El término –os lo tengo que confesar con sinceridad– nunca lo he visto acertado para englobar un fenómeno cuyo conjunto es mucho más rico y variado que el de las hermandades penitenciales. No hay más que dar un repaso a la nómina de las entidades agrupadas y se verá una manifiesta diversidad que afortunadamente hace que mantengan sus respectivas señas de identidad. Pero como ya es algo común y aceptado, englobemos en estas hermandades de Gloria a las que a partir de este momento y hasta el próximo otoño mantendrán viva la llama de la religiosidad popular en esta ciudad.

Será nuevo el término de hermandades de Gloria, pero sus raíces están adheridas a la médula más auténtica de esta ciudad. Durante siglos han acompañado la vida diaria de los cordobeses como un elemento más de nuestro espacio vital. Quedan huellas en el callejero y, lo que es más importante, subsisten aún en la memoria de todos nosotros. Los archivos que se conservan nos desgranar maravillas de todo tipo, y en estos documentos vemos la inteligencia de nuestros antepasados, que indistintamente utilizaban el término hermandad o cofradía para referirse a su corporación de gloria. Ahora, sin argumento sólido que lo justifique, hacemos con infundado escrúpulo una distinción que no se sostiene en la tradición secular de esta ciudad.

Bajo este mismo techo se custodian papeles que con orgullo van timbrados con el glorioso nombre de Ilustre Cofradía del Arcángel San Rafael. Y no son los únicos.

Al margen de este desahogo, quiero invitaros a que a partir de este momento me acompañéis echando la mirada atrás, para recordar a la ciudad que las hermandades de gloria no son de anteayer, que ellas tienen forjado un pasado tan brillante como desconocido. Iremos tanto por lo más reciente como por lo más remoto, porque todo ello constituye una unidad que abarca un buen puñado de siglos y que como primera prueba tendremos en nuestras calles dentro de unos días a nuestras romerías, las que van a los santuarios serranos reviviendo con los modos de hoy las tradiciones del ayer.

Quién no recuerda las antiguas romerías, con carrozas adornadas con más ingenio que arte, escoltadas de motocarros y bicicletas exultantes de papelillos multicolores, entre las que buscábamos los niños de entonces la vespa de Emilio Santos 'El Mudo', prodigio de fantasía popular renovada cada año. Eran cortejos festivos, que serpenteaban por caminos que no gozaban de las comodidades actuales y que tenían su meta en uno de los pocos días de esparcimiento que muchas familias podían permitirse al cabo del año.

Las hermandades romeras serán las encargadas de abrir este periodo en que la Iglesia usa de sus mejores galas para conmemorar la razón de nuestra fe. La primavera feraz se derrama en esta Pascua siempre luminosa por nuestra Sierra y hacia ella ponen camino los devotos del Santo Cristo y San Álvaro y de la Purísima Concepción de Linares. La comunión entre lo urbano y lo campestre es la seña de identidad de esta celebración religiosa que, aunque sus formas actuales cuentan con alrededor de sólo seis décadas de antigüedad, sus orígenes nos hablan de la mejor Córdoba, cuando antes de amanecer se alquilaban

borriquillos para subir los avíos de un día de campo, como germen de la actual forma de entender el perol, donde el derroche gastronómico parece no tener fin.

Un auténtico orgullo para el marianismo local es contar con la Virgen de Linares como decana de las devociones cordobesas. La coronación canónica le llega ahora, al cabo de los siglos, como un jalón más en su dilatada historia cuajada de hechos que transcurren de forma paralela al devenir de la ciudad. Nadie tiene que avalar los méritos de esta imagen para ser coronada. Sólo basta un vistazo a los ex votos del atrio del santuario para comprender la fe de los cordobeses a esta imagen que, aunque lejana en la distancia, siempre ha estado muy cerca de nuestros corazones. Esto justifica las grandes fiestas cada vez que era traída a Córdoba o el lujo de sus mantos, entre los que se cuenta uno donado por Isabel II.

No menos importante en la geografía religiosa cordobesa es el santuario de Scalacoeli. Desde cuna de la reforma dominicana a escenario de prodigios, como los protagonizados por el propio San Álvaro, fray Luis de Granada o el mismísimo beato Francisco de Posadas, vinculado a esa casa aunque viviera hasta su muerte en la Puerta del Rincón. Esos nobles muros, construidos y reconstruidos una y otra vez, bien saben de momentos de apogeo y de decadencia, de fervorosas romerías en las que salía en procesión una imagen de vestir de San Álvaro que acabó en el fondo de un pozo porque un fraile no la veía apropiada.

Sí éstas son las romerías locales por excelencia, la ciudad cuenta con dos hermandades filiales de sendas advocaciones marianas andaluzas.

Como no podía ser de otra manera, la devoción a la Virgen de la Cabeza en Córdoba se pierde en la nebulosa de los tiempos, aunque es en el siglo XVI cuando toma forma en una hermandad que, como todas, sufrió los altibajos propios de la historia hasta que en 1989 se refunda para retomar esta gloriosa tradición a la Morenita que cada año llena de color y alegría las calles de San Francisco.

Algo parecido le ocurre a la Hermandad del Rocío, que se funda en 1935, el año en que la República hizo un alto en su persecución religiosa. El deseo de un grupo de fervorosos cordobeses se vio truncado, como tantas otras cosas, con la Guerra Civil. Esa desgraciada y sangrienta circunstancia no fue óbice para que resurgiera años más tarde, con el incuestionable mérito de hacerlo antes de que Canal Sur se encargara de homogeneizar todas las romerías andaluzas.

La novedad del término de gloria a la hermandad de Villaviciosa le viene pequeño, muy pequeño. Ella rebosa antigüedad, cargada de milagros, de honras, de pleitesías. La de las interminables indulgencias, ante la que se postran todos los obispos, la preferida en las rogativas, la que preside el altar mayor de la Catedral. Ella es la que da nombre a un pueblo, la que une dos países y la que cruzaba Sierra Morena con un protocolo en el que las doradas cornucopias, las bandejas de plata y las sedas carmesíes se trocaban en nobles encinas y fragantes lentiscos. La naturaleza se rendía con sus mejores galas ante la Madre de su Creador.

Qué decir, también, de la Virgen del Tránsito. Ella es el alivio en el ecuador de agosto, mientras San Basilio guarda un silencio de fiesta ante la que proclamó con exquisita delicadeza el inolvidable Pío XII que “terminado el curso de su vida terrenal, fue asunta en cuerpo y alma a la gloria del cielo”. Dios reserva las cosas importantes a los sencillos, como los vecinos de este barrio que tienen cada año la dicha de asistir a la conmemoración de este gran dogma que hacen suyo, rebautizando a la Virgen como la de Acá.

Más allá de la ciudad, donde sus vecinos veían a Córdoba al otro lado del río como una fortificación de la que emergían palmeras, campanarios y débiles chimeneas, se fortaleció la devoción a la Virgen de los Dolores en

su capilla parroquial. Era tierra abierta a la Campiña, de labriegos que bien sabían de las inclemencias meteorológicas, como el rayo que un día destruyó un altar del Espíritu Santo. Entre las cenizas estaba intacta la que desde entonces sería conocida como la Virgen del Rayo y que ahora vive su día grande cada Pascua de Resurrección. Estas hermandades de gloria son también pequeñas delegaciones diplomáticas donde se guardan las formas y los ritos de otros lugares.

¿O no ocurre así con la de María Santísima de Araceli, consuelo de lucentinos ausentes de su tierra, que buscan en su mirada el consuelo que acorte la distancia con la sierra de Aras? En correspondencia, Córdoba necesita escuchar de nuevo el timbre del manijero, admirar la recia verticalidad de los santeros y gritar a cada paso el ¡Viva Nuestra Madre! como seña de identidad de una tierra que se desvive por su patrona.

Ahora espera su coronación canónica. Señora de San Cayetano y de donde Córdoba se encuentra a sí misma, porque guarda la esencia de una ciudad que aunque junto a ella tenga un perfil de arquitectura moderna, sabe de los tiempos en que los hombres con el hatillo y el hocino subían a la Sierra a ganarse honradamente un jornal, de cuando todo niño del barrio proyectaba su futuro sobre el albero y después la vida se encargaba de enseñarles que el triunfo sólo está reservado a unos pocos.

Más allá aún, donde las ventanas acercan las estribaciones serranas a la sala de estar, se conjuraron quienes llegaron de los pueblos, quienes buscaban en un pisito la alternativa a la casa de vecinos, al aseo común. Les faltaba la bendición celestial. A aquel barrio se le puso nombre de Virgen y desde entonces una Virgen habita entre sus vecinos. La devoción a Fátima en Córdoba ya no remite a las tierras de Leiria, sino que aquí, sobre las antiguas huertas de Miraflores, se ha conseguido que en tiempos modernos una advocación mariana sirva para identificar una parte de la ciudad. Que no es poco.

Las devociones de gloria son así: diversas en el tiempo y en el espacio. Es la soberana libertad de sus fieles la que las moldea hasta darles su configuración definitiva. Éste es el caso de Nuestra Señora del Socorro. Actualmente vive un forzado exilio en San Pedro, pero pronto volverá a una remozada ermita sobre la que el campanillo volteará sin miedo a que se mueva una sola teja. Ella, como buena vecina de la Corredera, agradece los mimos que recibe en San Pedro, basílica martirial sobre los restos de una antigua catedral, pero prefiere su casa, ver la cara de los que entran a rezarle y disfrutar de la luz del día cuando su altar se convierte cada mañana en la prolongación más noble de la plaza.

Éstas son las hermandades de gloria de Córdoba. Ellas mantienen devociones que van desde los más remotos siglos hasta los tiempos más recientes, ellas se encargan de hacer patente la religiosidad popular de esta ciudad a lo largo del calendario, ellas sostienen fiestas y devociones que de otro modo se habrían perdido, ellas guardan mejor que nadie la memoria de una ciudad que a la hora de hablar de hermandades sólo piensa en las de Semana Santa.

Soy, como es sabido, cofrade de penitencia. A mi hermandad de los Dolores dedico parte del escaso tiempo libre que tengo y en ella me afano dentro de mis posibilidades para el mejor culto de Nuestra Señora, pero también soy un eterno aprendiz de la historia de esta ciudad, que no me canso de mirar y de recorrer con todas sus virtudes y todos sus defectos. No hay que bucear mucho en el pasado de Córdoba para descubrir y calibrar el peso y la presencia de las hermandades de penitencia y de las que ahora se llaman de gloria.

Las devociones de gloria fueron las que articularon realmente el territorio y vírgenes gloriosas recibieron el tratamiento de auténticas patronas de los barrios. Los vecinos se volcaban en sus fiestas y las verbenas salpicaban la ciudad entre los meses de mayo y septiembre.

Sus altares se encontraban engalanados todo el año y nunca les faltaban las flores frescas de los patios y de las huertas. San Andrés, por ejemplo, se paralizaba todos los años en los primeros días de agosto en honor de Nuestra Señora de los Ángeles, esa Virgen sobre la que toda la ciudad comentó el día que apareció vestida con el traje de novia donado en rebeldía por la que acababa de ser abandonada por su marido, lo que dio pie a una de las más recientes y hermosas leyendas de la ciudad.

Las hermandades de gloria siempre fueron las más numerosas y las hubo desde las más elitistas hasta las más populares. Encajaron perfectamente en la personalidad de la ciudad y nunca les faltó la devoción de sus gentes. Ellas constituyen uno de los fenómenos de estructuración social más importantes de nuestro pasado, porque dieron vida a asociaciones gremiales para remediar las necesidades de los artesanos y profesionales, montaron modestos hospitales para ofrecer el consuelo corporal además del espiritual, recorrían nuestras calles en rosarios públicos que eran eficaces agentes de seguridad ciudadana y, en otro plano, fueron un importante agente de promoción cultural.

El trabajo que cuesta encontrar una referencia literaria a una imagen penitencial es inversamente proporcional al esfuerzo dedicado a hallar citas de todo tipo sobre las advocaciones gloriosas. Martín de Roa, fray Pedro de Alcalá, Sánchez de Feria, Páez de Valenzuela, Gómez Bravo, Ramírez de Arellano, González Francés o Redel, por ejemplo, son sólo algunos nombres a quienes les debemos el testimonio impagable de sus desvelos en pro de estas devociones y que sus textos hayan sobrevivido a la destrucción o la desidia que ha asolado el patrimonio documental de estas hermandades.

Además, hasta nosotros ha llegado numerosa información gráfica gracias a los numerosos grabados que Juan Bernabé Palomino, Juan Díez, Nicolás Carrasco, Bartolomé Vázquez, José María Martín o Diego de Sanromán y Codina nos han dejado plenos de unción. A través de ellos podemos reconstruir el pasado de estas imágenes, su atavío, sus milagros, así como estudiar su evolución a través del tiempo.

Su peso social fue sin lugar a dudas muy superior a lo que podamos imaginar hoy día. Sus advocaciones llegaron, antes que ninguna otra, al callejero de la ciudad –Amparo, Candelaria, Alegría, Montañas– en sonora letanía urbana que bendecía calles y viviendas.

Su influencia no quedaba sólo reservada al casco urbano, sino que su benéfica protección se extiende en infinidad de topónimos que adornan nuestra sierra, nuestros arroyos, nuestras fuentes.

Estos parajes, precisamente ahora casi olvidados, son el escenario donde comenzaron muchas de nuestras más luminosas devociones marianas. Entre las diversas singularidades que adornan a nuestra ciudad está la de contar con un extenso catálogo de imágenes aparecidas en diversos momentos de nuestro pasado para pasmo de testigos y consuelo de sus devotos.

En el siglo XVIII se publicó un pequeño libro que en su momento sería un eficaz prontuario de la mejor cordobesía. En su título, el canónigo José López Baena despliega el barroquismo del momento para dejar claro cuál es el contenido: 'Invención, colocación y maravillas de la milagrosa imagen de Nuestra Señora de la Fuente de la Salud, que se venera en su ermita extramuros de esta ciudad de Córdoba'. Como es de esperar, describe a la Virgen que da nombre a nuestra feria de mayo, cuando en 1665 Simón de Toro, "varón dotado

de un corazón bien inclinado, humilde y sencillo”, junto a su compadre Bartolomé de la Peña hallaron a un tiro de piedra de la Puerta de Sevilla “una imagen de la Reina del Cielo, con su Hijo Santísimo en los brazos, de rara hermosura y gracia, exhalando fragancia tan suave que suspendía sus sentidos y llenaba de dulzura sus corazones”.

Así comenzaba una devoción que recientemente ha escrito uno de sus más luminosos capítulos con la recuperación de su culto en una remozada ermita.

Este librito cuenta con el valor añadido de un prólogo en el que se detallan las demás imágenes aparecidas “en partes subterráneas y otros sitios ocultos”, en prodigios que tanto gustaban a nuestros antepasados. Arranca este relato con la fabulosa historia de la Virgen de los Remedios, de la Trinidad, la que se manifestó a un cristiano cautivo desvelando su escondite en lo más fragoso de la Sierra.

Le sigue la Virgen de Villaviciosa, con detalle de las peripecias entre el Alentejo y las Gamonosas, y de sus idas y venidas de la Serranía a la Catedral. No falta tampoco la Virgen del Pilar, que apareció en un viñado propiedad de los dominicos de San Pablo a unas dos leguas de la capital; ni la de Belén, que sorprendió a todos en un nicho al derribar un muro en la calle Santa María de Gracia y que desde 1601 recibió culto en el altar de San Fernando, en la Catedral; ni la de Villaviciosa del Císter, que tuvo por trono un algarrobo junto a las ermitas y a la que se le bautizó democráticamente escogiendo su advocación entre las diferentes papeletas introducidas en el interior de un cántaro.

Es un honor para mí esta tarde desgranar estas palabras junto a otra de las imágenes aparecidas en Córdoba. Es la diminuta Virgen del Pozo que en ese pilar de la nave de la Epístola guarda el lugar donde fue encontrada y que está marcado con una P en la losa de mármol que oculta el pozo de la casa del padre Roelas. Ella mereció el honor de coronar el manifestador de este altar mayor antes de pasar a esa urna donde gana en proximidad.

López Baena nos habla también de la taza de aceite que iluminaba a la Virgen de la Alegría en la milagrosa pintura que preside su ermita, y de un celestial listado con nombres tan sonoros como el de la Salud de las Heras, venerada en la desaparecida ermita de San Sebastián; la Virgen de la Zarza, del hospital de San Juan de Dios; Nuestra Señora del Pozo, de la ermita de la calle Armas; la Virgen de la Blanca, siempre en Santiago y ahora pieza de museo, cuyo rosario solicitaban las parturientas para superar el trance con éxito; la Concepción de la plaza de Abades, con sus faroles incombustibles, Señora de prodigios narrados por el padre Torres en aquella diminuta ermita cuyas puertas rozaban la mesa de altar y que un buen día cerró el obispo Alburquerque; la Virgen de Cuteclara, o de las Huertas, venerada ya por los mozárabes y convertida ahora en objeto expositivo después de tantas fervorosas rogativas por los templos más distantes; la Virgen del Socorro, de la Trinidad, generosa en los milagros obrados con sus aguas; otra Nuestra Señora del Socorro, con culto en la capilla de Jesús Caído, llevada a América para ayudar a la evangelización y regresada tras cumplir su objetivo, sin olvidar esta publicación a nuestra patrona, la Virgen de la Fuensanta.

Como vemos, las imágenes de María Santísima se reparten por toda la ciudad, pero si hay un sitio donde éstas se han concentrado a lo largo de la historia es en nuestro primer templo. En la Catedral hay vírgenes de todos los tiempos, de todos los estilos, de todas las advocaciones. Desde la Asunción gloriosa que preside el altar mayor junto a la brillante silueta de Villaviciosa, hasta la Virgen del Pilar, de la que siempre se ha contado de forma novelesca que su capilla fue fundada por orden papal para compensar el asesinato de un arcediano a cambio de que todos los días se dijera una misa por los difuntos.

La Catedral siempre ha vibrado en todas las celebraciones marianas y antes de que agosto fuese un mes de éxodo hasta para los prelados, la torre se iluminaba con 25 arrobas de aceite para anunciar a la ciudad la fiesta de la Asunción. Por la penumbra de sus naves caminaron los estudiantes para postrarse ante el altar de la Virgen del Sol, cuyo nombre aún se conserva en algunas familias cordobesas.

Todo el templo está impregnado del ambiente mariano, desde la diminuta Virgen de la Leche a la Virgen del Arco Moro, ante la que el Cabildo, en sus procesiones claustrales, hacía obligada estación; desde la Virgen de los Obispos, a la del Coro, pasando por la de los Donceles, en su altar exterior frente a la Puerta del Puente, a la que la tradición cordobesa mandaba ir a rezarle cada noche al toque de ánimas.

Junto a la Virgen del Sol, otra de las imágenes marianas que aún conservan viva la devoción es la de los Faroles, trasunto asuncionista fotografiado sin cesar por los turistas y que gozó de fiesta propia y verbena promovida por Rafael Aguilar Morales, un trabajador de la Catedral que consiguió en el siglo XIX aunar el anhelo de los vecinos.

Al igual que nuestro templo mayor es merecedor de esta excelsa corte mariana, todas las iglesias, todas las ermitas, todos los conventos cordobeses contaron con devociones gloriosas entre sus blasones.

Todas ellas están adornadas de historias que en las familias se transmitían de padres a hijos, contagiando un fervor que sostenía la fe de esta ciudad. Entre ellas, y sin pretensión de ser exhaustivo, está la Virgen del Refugio del convento de Santa Cruz. Las monjas clarisas, asustadas de las tropelías y los crímenes que ocasionaban las tropas napoleónicas, la pusieron en el único sitio por donde tenían contacto con la sociedad: en el torno. Sería milagro o casualidad, pero éste fue uno, si no el único, recinto religioso de la capital que los soldados franceses dejaron intacto.

En cambio, el convento de Puerta Nueva no corrió la misma suerte. Los morriones entraron a saco y respetaron el retablo de Valdés Leal, pero la Virgen del Carmen fue degollada, si se permite la expresión, y su cabeza, hecha pedazos. Arrasaron su riquísimo ajuar donado por la condesa de la Jarosa y dejaron a sus fieles en la más absoluta desolación, hasta que a los pocos meses Lorenzo Cano labró la imagen actual. En este capítulo de hechos tristes no podemos dejar atrás el episodio vivido por la imagen de la Virgen de la Luz, la bella talla que recibe culto en Santa Marina, junto a la puerta de la sacristía. En la tarde del 18 de julio del 36, un grupo de hombres con bidones de gasolina entró en esta iglesia que celebraba la fiesta de su titular. Uno de los altares a los que prendieron fuego fue a éste de la Virgen de la Luz, que rápidamente se vio pasto de las llamas.

Afortunadamente, se encontraba cerca el hermano mayor de su cofradía, Rafael Flores González, quien la rescató de la hoguera, pero no pudo impedir que se carbonizara la imagen del Niño. Afortunadamente, el artista Pedro Martos hizo otra talla del Divino Infante para que no se perdiera la devoción que tenía la gente del barrio, como fue el caso de Juan Molina, el hermano de Lagartijo, que tan pródigo fue en donaciones a esta talla. Esta Virgen de la Luz vivía cada año su día grande el 2 de febrero, cuando salía en procesión por las calles de Santa Marina y San Agustín acompañada de un San José que a sus pies llevaba una torta regada y dos pichones vivos, con el acompañamiento anual del Ayuntamiento y la banda municipal.

Junto a la Virgen del Auxilio, de la ermita del Colodro; la Virgen del Amor Hermoso, del convento de la Merced, o la de la Estrella, de la ermita de la Alegría, nos encontramos a la del Amparo, venerada en su hospital del que sólo nos queda su fachada y un grabado donde la vemos resplandeciente de orfebrería, rebosante de indulgencias concedidas por 17 papas, cinco obispos de Córdoba y el Beato Diego José de

Cádiz, o la de las Nieves, de San Andrés, con su poderosa hermandad de tiraceros. Incluyamos también en este repertorio mariano a la Virgen del Rosario, de San Agustín, plena de salves en el recuerdo a su origen de Scala Coeli.

En la antigüedad también hubo cofradías que nacieron muy al modo de nuestros días. Un ejemplo está en la hermandad de la Aurora, cuando un grupo de jóvenes, allá en 1716, se propuso emular a otras hermandades que sacaban en procesión o en rosarios públicos a sus imágenes cada dos por tres. Su tesón les hizo conseguir la imagen de nueva factura, que ahora preside el retablo de San Francisco, la suerte puso en sus manos el solar de la calle de la Feria, y con su esfuerzo y el de los devotos que crecía por días pudieron levantar la ermita. Ellos, como ahora, quisieron ser más que nadie y encargaron a un hojalatero unos faroles tan grandes que las crónicas cuentan que en ellos cabía un hombre de pie.

Igual trayectoria llevaron los chavales que en 1736 se empeñaron en sacar en procesión a la Virgen de la Rosa que recibía culto en el hospital de los Peregrinos de la calle Librería. La pedían prestada y se la llevaban a casa de Cristóbal Carrasquilla para preparar el cortejo, hasta que un año se encontraron con la negativa a sus pretensiones.

En ese momento se tomaron en serio lo de fundar una hermandad y así lo hicieron eligiendo a Francisco de Vargas como primer hermano mayor.

Maestra de santidad fue la Virgen de Belén que en un lienzo preside la capilla de las Ermitas. Ella dirigió los rezos de quienes habían negado su cuerpo en las frías madrugadas de invierno y acudían con disciplina y fervor a la llamada de la esquila para el Oficio de las Horas. Supo de la dureza de una vida de aislamiento con una ciudad que se ofrecía en la distancia como la más provocativa de las tentaciones.

Si con el recuerdo hacemos un recorrido por nuestros templos nos encontraremos con la Virgen sedente de Belén en San Miguel, cuya generosa hermandad ofrecía ocho misas por cada hermano difunto; o la del Buen Suceso, que, ahora en San Andrés, procede de la ermita del mismo nombre, que contó con una hermandad fundada en tiempos de los Reyes Católicos que sacaba un rosario público dos veces por semana, o la de la Paz, de San Basilio, presidiendo el altar mayor con el mejor camarín barroco de la ciudad. Veremos también a otra Virgen de la Paz, la del convento de Santa Marta, que las jerónimas vestían de pastora cada Navidad con un sombrero cuajado de flores junto a un San José para componer la tierna escena de la Natividad o la Virgen de los Reyes de San Francisco, desaparecida hace pocas décadas, cuando la fiebre por la recuperación de la piedra en los templos, para que parecieran paradores de turismo, acabó con la capilla del Sagrario y de la Vera Cruz.